



“I. Memoria mexicana de la conquista”

p. 263-306

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo XIII. Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la conquista/El reverso de la conquista: relaciones mexicas, mayas e incas

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2013

444 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-724-052-5 (tomo XIII, pasta dura)

ISBN 978-607-724-051-8 (tomo XIII, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/599.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

MEMORIA MEXICA DE LA CONQUISTA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



INTRODUCCIÓN

La secuencia de los hechos

La primera de las grandes conquistas de las que se conservan testimonios indígenas es la del mundo mexica. Los mexicas, como se llamaban a sí mismos los también conocidos como aztecas, habían alcanzado a principios del siglo XVI su máximo desarrollo y esplendor. Obviamente su grandeza no fue resultado de generación espontánea. El “Pueblo del Sol”, el escogido del dios de la guerra, Huitzilopochtli, había heredado sus instituciones culturales de los toltecas y en última instancia de otros pueblos más antiguos como los teotihuacanos que habían florecido durante los primeros siglos de la era cristiana.

La nación mexica, con su gran capital, México-Tenochtitlan, en la que había templos y palacios extraordinarios, con esculturas y pinturas murales, con sus centros de educación, y con una conciencia histórica preservada en sus códices o libros de pinturas, era un estado poderoso que dominaba vastas regiones, desde el Golfo de México hasta el Pacífico, y que llegaba por el sur hasta las fronteras de la actual Guatemala. Su gloria y su fama eran bien conocidas de todos los pueblos de los cuatro rumbos del universo indígena. Precisamente por su poderío y su riqueza iban a tener noticia de ella los conquistadores españoles, establecidos ya en la isla de Cuba. Así, mientras los mexicas seguían ensanchando sus dominios, a una distancia relativamente cercana había hombres, venidos de más allá de las aguas inmensas, que se disponían a emprender su conquista.

El 18 de febrero de 1519 Hernán Cortés parte de la isla de Cuba, al frente de una armada integrada por once naves. Trae consigo poco más de 600 hombres, 16 caballos, 32 ballestas, 10 cañones de bronce y algunas otras piezas de artillería de corto calibre. Vienen con él varios hombres que llegarán a ser famosos en la conquista del Nuevo Mundo. Entre ellos está Pedro de Alvarado, a quien los mexicas habrían de apodarar Tonatiuh, “el sol”, por su gran prestancia y lo rubio subido de su cabellera. Alvarado habría de ser el único de los grandes capitanes que iba a participar también en la conquista de Guatemala y más tarde en la del Perú. Con Hernán Cortés vienen asimismo Francisco de

Montejo, futuro conquistador de Yucatán, Bernal Díaz del Castillo y otros varios más que consignarán por escrito la historia de esta serie de expediciones.

Al pasar por las costas de Yucatán, Cortés recoge a Jerónimo de Aguilar que había quedado allí como consecuencia de un naufragio y que había aprendido la lengua maya con fluidez. Más adelante, frente a la desembocadura del Grijalva, recibe Cortés veinte esclavas indígenas, una de las cuales, la célebre Malinche, desempeñará un importante papel en la Conquista. La Malinche hablaba la lengua maya y la náhuatl. Gracias a la presencia simultánea de Jerónimo de Aguilar y de la Malinche, Cortés contó desde un principio con un sistema perfecto para darse a entender con los mexicas. Él hablaría en español con Jerónimo de Aguilar; éste a su vez, sirviéndose del maya, traduciría lo dicho a la Malinche, y ella por fin se dirigiría directamente en lengua náhuatl a los enviados y emisarios de Motecuhzoma desde sus primeros encuentros en las cercanías de la actual Veracruz.

Precisamente el viernes santo, 22 de abril de 1519, los conquistadores desembarcaban en las costas de Veracruz. Un poco más de seis meses después, el 8 de noviembre de 1519, contemplaban con ojos atónitos la metrópoli de México-Tenochtitlan, la gran ciudad construida por los mexicas en medio de los lagos en el Valle de México.

Tanto los cronistas españoles como los indígenas refieren puntualmente los varios acontecimientos que tuvieron lugar.

Los textos en idioma náhuatl hablan de los mensajes enviados por Motecuhzoma, de los presentes de oro y plata. Hernán Cortés en sus cartas de relación a Carlos V; Bernal Díaz en su *Historia verdadera de la Conquista*, así como el resto de los cronistas españoles, refieren sus primeros contactos con la gente de Cempoala en las costas del Golfo, su puesta en marcha hacia la altiplanicie, su alianza con los señores de Tlaxcala, su paso por Cholula donde se perpetró la matanza de las gentes de ese lugar y por fin, después de cruzar volcanes, su llegada a la ciudad de México-Tenochtitlan y su encuentro con Motecuhzoma que los recibe como huéspedes.

Los textos indígenas por su parte son expresivos al pintar ese encuentro en la Calzada de Iztapalapa, que unía la ciudad con la ribera del lago por el Sur. Desde un principio el gran Señor de los mexicas había creído que se trataba del retorno de Quetzalcóatl y de los dioses que lo acompañaban.

La estancia de los hombres de Castilla como huéspedes en la capital mexica tuvo un final violento. Cortés había tenido que ausentarse para ir a combatir a Pánfilo de Narváez, quien venía a quitarle el man-

do por órdenes del gobernador de Cuba. Pedro de Alvarado, queriendo anotarse un triunfo, atacó por traición a los mexicas durante la gran fiesta de Tóxcatl, que se celebraba en fecha cercana a la Pascua de Resurrección del año de 1520. Las relaciones mexicas que evocan este episodio se transforman aquí y en otros pasajes en poema épico, especie de *Ilíada* indígena.

Cuando Hernán Cortés regresa, después de vencer a Narváez, tiene que hacer frente a la justa indignación de los mexicas. Decide entonces escapar de la ciudad. En su huida pierde más de la mitad de sus hombres, así como todos los tesoros de que se había apoderado. Esta derrota sufrida por los conquistadores al huir de la ciudad por el rumbo del poniente, por la calzada de Tacuba, se conoce con el nombre de "la noche triste" del 30 de junio de 1520.

Los españoles marchan en busca del auxilio de sus aliados tlaxcaltecas y no es sino hasta casi un año después, o sea el 30 de mayo de 1521, cuando pueden dar principio al asedio formal de México-Tenochtitlan. Para esto concentra Hernán Cortés más de 80 000 soldados tlaxcaltecas y refuerza sus propias tropas españolas con la llegada de varias otras expediciones a Veracruz. Además, desde el 28 de abril de ese mismo año, bota al agua trece bergantines que jugarán un papel muy importante en el asedio de la isla.

Las crónicas indígenas hablan de la forma en que los españoles comienzan a atacar a la ciudad a partir del 30 de mayo de 1521. Refieren las diversas incursiones de esos hombres que en un principio habían sido tenidos por dioses, pero a los que al fin se les llama "popolocas", palabra con que designaron los mexicas a los pueblos que tuvieron por "bárbaros".

En las crónicas se recuerda también la elección del joven Cuauhtémoc, escogido como gobernante supremo, ya que muerto Motecuhzoma, su sucesor, el príncipe Cuitláhuac, había también fallecido víctima de la epidemia de viruela que, traída por los españoles, causó tantas bajas entre los indígenas. Durante el reinado de Cuauhtémoc los hechos de armas se suceden unos tras otros y no puede negarse que hay actos de heroísmo por ambas partes. Una vez más las relaciones indígenas adquieren la elocuencia de un maravilloso poema épico. Por fin, casi después de ochenta días de sitio, en una fecha 1-Serpiente, del año 3-Casa, que corresponde al 13 de agosto de 1521, cae la ciudad de México-Tenochtitlan y es hecho prisionero el joven Cuauhtémoc. Lo que siguió a la Conquista lo relatan también los historiadores indígenas.

Esta es en breve síntesis la secuencia de los hechos que aquí se presentan desde el punto de vista de los vencidos. Veamos ahora el origen de estos textos y la forma como han llegado hasta nosotros.



Los testimonios mexicas de la Conquista

Las relaciones y pinturas dejadas por los mexicas acerca de la Conquista pasan de doce. Mencionaremos aquí algunas de las principales. Las más antiguas, cuyo origen puede fijarse entre los años de 1523 y 1524, son varios cantares compuestos a la usanza antigua por algunos de los poetas indígenas supervivientes. De estos cantares se ofrecen algunos ejemplos en el presente trabajo. Sus autores los pusieron por escrito probablemente algunos años más tarde, al aprender el uso del alfabeto. El manuscrito del siglo XVI que contiene estos poemas se conserva en la Biblioteca Nacional de México.¹

Además de los poemas, existen varias pinturas con glifos indígenas acerca de la Conquista, en los que sobrevive la antigua forma de escritura, en parte ideográfica y en parte fonética. Tan sólo mencionaremos aquí los títulos de algunas de esas pinturas: el *Lienzo de Tlaxcala*, de mediados del siglo XVI, que ofrece en 80 cuadros una relación de los tlaxcaltecas, aliados de los conquistadores.² Son asimismo importantes las pinturas de los códices *Azcatitlan*, *Mexicanus*, *Aubin* y *Ramírez*, debidos todos ellos a amanuenses indígenas del siglo XVI.³

Finalmente deben mencionarse también las numerosas ilustraciones correspondientes al texto en náhuatl de los informantes indígenas de Fray Bernardino de Sahagún incluidas en el *Códice Florentino*.⁴

Entre las relaciones escritas en náhuatl, pero ya con el alfabeto latino, está el Manuscrito 22 de la Biblioteca Nacional de París, conocido bajo el título de *Unos Anales Históricos de la Nación Mexicana*, redactado por autores anónimos de Tlatelolco hacia 1528.

Este valioso testimonio pone al descubierto un hecho ciertamente extraordinario: el de un grupo de indígenas, que antes de la fundación misma del Colegio de Santa Cruz, llegaron a dominar a la perfección el alfabeto latino y se sirvieron de él para consignar por escrito diversos recuerdos de sus tiempos pasados y sobre todo su propia visión de la Conquista.

¹ De este manuscrito existe una reproducción facsimilar: *Colección de Cantares Mexicanos*, edición de Miguel León-Portilla y José G. Moreno de Alba, México, UNAM, 1993.

² "Lienzo de Tlaxcala", publicado en *Antigüedades Mexicanas*, Junta Colombina, IV Centenario del Descubrimiento de América, México, 1892. Hay ediciones posteriores.

³ Véase la bibliografía al final de este volumen.

⁴ *Códice Florentino* (ilustraciones), edición facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, v. V, Madrid, 1905. Y la edición facsimilar de todo el *Códice Florentino*, 3 v., México, Archivo General de la Nación, 1979.

Si como documento son valiosos estos anales, desde un punto de vista literario y humano lo son todavía más, porque en ellos se expresa por vez primera con no pocos detalles el cuadro de la destrucción de la cultura náhuatl, tal como la vieron algunos de sus supervivientes. La versión castellana de este texto, preparada sobre la base de la reproducción facsimilar del mencionado manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, se incluye aquí en lo que a la Conquista se refiere.

Sigue en importancia y antigüedad al texto de 1528, la mucho más amplia relación de la Conquista que, bajo la mirada de fray Bernardino de Sahagún, redactaron en idioma náhuatl varios de sus estudiantes indígenas de Tlatelolco, aprovechando los informes de ancianos testigos de la Conquista. Según parece, la primera redacción de este texto “en el lenguaje indiano, tan tosco como ellos lo pronunciaron”, como escribe Sahagún, quedó terminada hacia 1555, cuando aún pudo escuchar los testimonios de ancianos sobrevivientes de la Conquista. El mismo fraile preparó una versión castellana resumida del texto en náhuatl. Dicho manuscrito se conservó semiolvidado hasta 1575 cuando Sahagún pasó en limpio muchos de los textos que había reunido. En ese año decidió incluirlo como parte final de la obra bilingüe, en náhuatl y castellano, que entregó al padre visitador Rodrigo de Sequera quien la llevó consigo a España. Dicho texto, con todos los otros, quedó finalmente en la Biblioteca Medicea-Laureniana de Florencia, Italia. Por encontrarse allí, se conoce hoy como *Códice Florentino* de fray Bernardino de Sahagún.

Tal como hoy se conserva la relación de la Conquista, debida a los informantes de Sahagún, constituye el testimonio más amplio dejado por los indígenas al respecto. Abarca desde los varios presagios que se dejaron ver, “cuando aún no habían venido los españoles a esta tierra”, hasta uno de los discursos “con que amonestó don Hernando Cortés a todos los señores de México, Tezcoco y Tlacopan”, exigiéndoles la entrega del oro y de sus varios tesoros. En las páginas que siguen se incorporan numerosas secciones de tan valioso testimonio.⁵

Además de estas fuentes se conservan otras varias relaciones indígenas acerca de la Conquista, que si son de menor extensión, son asimismo de considerable importancia. Entre ellas están los textos en náhuatl del *Códice Aubin*, la *Séptima Relación de Chimalpain Cuautlehuantzin*,

⁵ De él existe una edición facsimilar publicada con el título de *Códice Florentino*, Ms. 218220 de la Colección Palatina (Biblioteca Medicea-Laureniana, Florencia), 3 v., Archivo General de la Nación, México, 1979, vol. III, libro 12.

los *Anales de Azcapotzalco*, la *Crónica Mexicana* de Tezozómoc, esta última conservada únicamente en castellano. En esta misma lengua existen finalmente las relaciones de historiadores mestizos como Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, quien en su XIII Relación, así como en su *Historia Chichimeca*, ofrece una interpretación histórica de la Conquista desde el punto de vista de los tezcocanos. Por su parte, Diego Muñoz Camargo, mestizo de Tlaxcala, dejó igualmente su propia versión de la Conquista, que es la de un aliado de los españoles, en su *Historia de Tlaxcala*.⁶

Para concluir debe mencionarse un último texto particularmente importante: el llamado *Libro de los Coloquios*. En él se presenta en idioma náhuatl la última actuación pública de algunos sabios y sacerdotes indígenas que defendieron sus creencias y forma de vida ante la impugnación de los doce primeros franciscanos llegados a la Nueva España en 1524. El manuscrito original mutilado (sólo catorce capítulos de los treinta primitivos), fue descubierto en el archivo Secreto del Vaticano en 1924. Se debe a Fray Bernardino de Sahagún la recopilación del mismo con la participación de algunos de sus estudiantes de Tlatelolco. En este texto, con el que daremos principio a la visión mexicana de la Conquista, encontramos algo hasta ahora poco conocido: el testimonio dramático, las discusiones y alegatos de los supervivientes mexicanos que defienden su propia manera de concebir al mundo ante los frailes misioneros que la impugnan.⁷

El concepto mexicana de la Conquista

No siendo posible adentrarnos aquí en un análisis de los varios textos en los que los cronistas de idioma náhuatl consignaron su visión de la Conquista, tan sólo apuntaremos a algunas de sus ideas y expresiones en las que se trasluce el concepto central que se formaron acerca de la llegada de los hombres de Castilla, sus luchas y la propia derrota que vino a significar la muerte de sus dioses y la destrucción de la antigua cultura.

El primer rasgo fundamental de la visión mexicana de la Conquista es lo que podría describirse como el cuadro mágico en el que ésta habrá

⁶ Las correspondientes referencias bibliográficas de estas crónicas y relaciones se ofrecen en la bibliografía general al final de este volumen.

⁷ *El libro de los Coloquios de los Doce* ha sido traducido al castellano en forma íntegra por Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Fundación de Ciencias Sociales, 1985.

de desarrollarse. Los mexicas afirman que pocos años antes de la llegada de los hombres de Castilla hubo una serie de portentos y presagios que anunciaban lo que habría de suceder. En el pensamiento del señor Motecuhzoma la espiga de fuego que apareció en el cielo, el templo que ardió por sí mismo, el agua que hirvió en medio del lago, las voces de una mujer que gritaba por la noche, las visiones de hombres que venían atropellándose montados en una especie de venados, todo ello parecía presagiar que era ya el momento, anunciado en los códices, del regreso de Quetzalcóatl y los dioses.

Mas, cuando llegaron las primeras noticias procedentes de las costas del Golfo acerca de la presencia de seres extraños llegados en barcas grandes como montañas, que montaban en una especie de venados enormes, que tenían perros grandes y feroces y que poseían instrumentos lanzadores de fuego, Motecuhzoma y sus consejeros entraron en duda. Por una parte parecía que tal vez Quetzalcóatl había regresado. Pero, por otra, no había certeza de ello. En el corazón de Motecuhzoma nació entonces la angustia. Por esto envió mensajeros que pidieron a los forasteros se marcharan a su lugar de origen.

La duda acerca de la identidad de los hombres de Castilla subsistió hasta el momento en que, huéspedes ya de los mexicas en Tenochtitlan, perpetraron la matanza del Templo Mayor. El pueblo en general sí había creído que los extranjeros eran dioses. Mas, cuando vieron su modo de comportarse, su codicia y su furia, forzados por la realidad, hubieron de cambiar su manera de pensar: los extranjeros no eran dioses, sino popolocas o bárbaros que habían venido a destruir su ciudad y la antigua forma de vida.

Las luchas ulteriores de la Conquista, consignadas por los historiadores indígenas, dan testimonio del heroísmo de la defensa. Pero la derrota final, al ser narrada en los textos en náhuatl, es ya testimonio de un trauma profundo. La visión final es a la vez dramática y trágica. Claramente puede verse esto en el siguiente "canto triste" o *icnocuicatl*:

En los caminos yacen dardos rotos;
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y están las paredes salpicadas de sesos.
Rojas están las aguas, cual si las hubieran teñido,
y si las bebíamos, eran agua de salitre.



Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad
y nos quedaba por herencia una red de agujeros.
En los escudos estuvo nuestro resguardo, pero los escudos
no detienen la desolación...⁸

Las palabras anteriores encuentran nuevo eco en la respuesta de los sabios a los doce franciscanos llegados en 1524:

¡Déjennos pues ya morir,
déjennos ya perecer,
puesto que ya nuestros dioses han muerto!⁹

Muchas otras citas pudieran acumularse para mostrar lo que fue en el alma indígena el trauma de la Conquista. Parece preferible que el propio lector descubra por sí mismo en los textos que aquí se incluyen la experiencia del pueblo que, tras resistir con armas desiguales, se contempló a sí mismo vencido. No hay que olvidar que los mexicas eran los seguidores del dios de la guerra, Huitzilopochtli; que se consideraban a sí mismos escogidos del Sol y que hasta entonces habían creído siempre que su misión cósmica y divina era someter a todas las gentes de los cuatro rumbos del universo. Quienes se tenían por invencibles, el pueblo del Sol, el más poderoso de la América Media, tuvo que aceptar su derrota. Muertos los dioses, perdido el gobierno y el mando, la fama y la gloria, la experiencia de la Conquista significó algo más que tragedia, quedó clavada en el alma y su recuerdo pasó a ser un trauma.

⁸ Ms. *Anónimo de Tlatelolco* (1528), edición facsimilar de E. Mengin, Copenhagen, 1945, f. 33.

⁹ *Libro de los Coloquios*, op. cit.



LOS TESTIMONIOS MEXICAS DE LA CONQUISTA

1. LOS DIÁLOGOS CON LOS SABIOS INDÍGENAS

Se da principio a esta antología con un antiguo texto tomado del libro de los Coloquios de los Doce, en el cual se conservan los diálogos y discusiones entre los primeros franciscanos venidos a la Nueva España en 1524 y algunos sabios y sacerdotes mexicas supervivientes. Los misioneros adoctrinan a un grupo de señores principales en el atrio del convento de San Francisco en la recién conquistada Tenochtitlan. Violentamente condenan las antiguas creencias religiosas. Cuando los frailes dan por terminada su lección, se pone en pie uno de los señores principales y con "cortesía y urbanidad", manifiesta su disgusto al ver así atacadas las costumbres y creencias tan estimadas por sus abuelos y abuelas. Confiesa no ser él un sabio, pero afirma en seguida que todavía viven algunos maestros, entre quienes enumera a los sacerdotes, a los astrólogos, a los que guardaban los antiguos libros de pinturas; ellos podrán responder a los frailes:

Mas, señores nuestros,
hay quienes nos guían,
nos gobiernan, nos llevan a cuestas,
en razón de cómo deben ser venerados nuestros dioses,
cuyos servidores somos como la cola y el ala,
quienes hacen las ofrendas, quienes inciensan,
y los llamados sacerdotes de Quetzalcóatl.
Los sabedores de discursos,
es de ellos obligación,
se ocupan día y noche,
de poner el copal,
de su ofrecimiento,
de las espinas para sangrarse.
Los que ven, los que se dedican a observar
el curso y el proceder ordenado del cielo,
cómo se divide la noche.

Los que están mirando [leyendo], los que cuentan
[o refieren lo que leen].
Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices.
Los que tienen en su poder la tinta negra y roja
[la sabiduría] y lo pintado,
ellos nos llevan, nos guían, nos dicen el camino.
Quienes ordenan cómo cae un año, cómo sigue su camino
la cuenta de los destinos
y los días y cada una de las veintenas [los meses].
De esto se ocupan, a ellos toca hablar de los dioses.¹



Sabios y sacerdotes supervivientes
en confrontación con los frailes franciscanos.
(Imágenes tomadas
de dos antiguos testimonios indígenas.)

Pocos días después, aparecen los sabios y los sacerdotes supervivientes. En su respuesta esgrimen los argumentos que juzgan más apropiados para mostrar que su antigua forma de pensamiento acerca de la divinidad puede y debe ser respetada. En ella hay ciertamente un elevado concepto acerca del Dador de la vida. He aquí las palabras de los antiguos sabios mexicas:

¹ *Colloquios Doctrina Cristiana con los que los Doze Frayles de San Francisco embiados por el Papa Adriano Sesto y por el Emperador Carlos Quinto, convirtieron a los Indios de la Nueva España, en Lengua Mexicana y Española.* De este manuscrito existe la reproducción facsimilar ya citada, con traducción de Miguel León-Portilla. (Véase la nota 7 de la introducción.)



Señores nuestros, muy estimados señores:
Habéis padecido trabajos para llegar a esta tierra.
Aquí ante vosotros,
os contemplamos, nosotros gente ignorante...
Y ahora, ¿qué es lo que diremos?
¿Qué es lo que debemos dirigir a
vuestros oídos?
¿Somos acaso algo?
Somos tan sólo gente vulgar...
Por medio del intérprete respondemos,
devolvemos el aliento y la palabra
del Señor del cerca y del junto.
Por razón de él, nos arriesgamos,
por esto nos metemos en peligro...
Tal vez a nuestra perdición, tal vez a nuestra destrucción,
es sólo a donde seremos llevados.
[Mas] ¿a dónde deberemos ir aún?
Somos gente vulgar,
somos perecederos, somos mortales,
déjennos pues ya morir,
déjennos ya perecer,
puesto que ya nuestros dioses han muerto.
[Pero] Tranquilícese vuestro corazón y vuestra carne.
¡Señores nuestros!,
porque romperemos un poco,
ahora un poquito abriremos
el secreto, el arca del Señor, nuestro [dios].
Vosotros dijisteis
que nosotros no conocemos
al Señor del cerca y del junto,
a aquel de quien son los cielos y la tierra.
Dijisteis
que no eran verdaderos nuestros dioses.
Nueva palabra es ésta,
la que habláis,
por ella estamos perturbados,
por ella estamos molestos.
Porque nuestros progenitores,
los que han sido, los que han vivido sobre la tierra,
no solían hablar así.



Ellos nos dieron
sus normas de vida,
ellos tenían por verdaderos,
daban culto,
honraban a los dioses.
Ellos nos estuvieron enseñando
todas sus formas de culto,
todos sus modos de honrar [a los dioses].
Así, ante ellos acercamos la tierra a la boca,
[por ellos] nos sangramos,
cumplimos las promesas,
quemamos copal [incienso]
y ofrecemos sacrificios.
Era doctrina de nuestros mayores
que son los dioses por quien se vive,
ellos nos merecieron [con su sacrificio nos dieron vida].
¿En qué forma, cuándo, dónde?
Cuando aún era de noche.
Era su doctrina
que ellos nos dan nuestro sustento,
todo cuanto se bebe y se come,
lo que conserva la vida, el maíz, el frijol,
los bledos, la chía.
Ellos son a quienes pedimos
agua, lluvia,
por las que se producen las cosas en la tierra.
Ellos mismos son ricos,
son felices,
poseen las cosas,
de manera que siempre y por siempre,
las cosas están germinando y verdean en su casa...
Allá "donde de algún modo se existe",
en el lugar de Tlalocan,
nunca hay allí hambre,
no hay enfermedad,
no hay pobreza.
Ellos dan a la gente
el valor y el mando...
y ¿en qué forma, cuándo, dónde, fueron los dioses
invocados, fueron suplicados, fueron tenidos por tales,
fueron reverenciados?



De esto hace ya muchísimo tiempo,
fue allá en Tula,
fue allá en Huapalcalco,
fue allá en Xuchitlapan,
fue allá en Tlamohuanchan,
fue allá en Yohuallichan,
fue allá en Teotihuacan.
Ellos sobre todo el mundo
habían fundado
su dominio.
Ellos dieron
el mando, el poder,
la gloria, la fama.
Y ahora, nosotros
¿destruiremos
la antigua regla de vida?
¿La de los chichimecas,
de los toltecas,
de los acolhuas,
de los tecpanecas?
Nosotros sabemos
a quién se debe la vida,
a quién se debe el nacer,
a quién se debe el ser engendrado,
a quién se debe el crecer,
cómo hay que invocar,
cómo hay que rogar.
Oíd, señores nuestros,
no hagáis algo
a vuestro pueblo
que le acarree la desgracia,
que lo haga perecer...
Tranquila y amistosamente
considerad, señores nuestros,
lo que es necesario.
No podemos estar tranquilos,
y ciertamente no creemos aún,
no lo tomamos por verdad,
[aun cuando] os ofendamos.
Aquí están
los señores, los que gobiernan,



los que llevan, tienen a su cargo
el mundo entero.
Es ya bastante que hayamos perdido,
que se nos haya quitado,
que se nos haya impedido
nuestro gobierno.
Si en el mismo lugar
permanecemos,
sólo seremos prisioneros.
Haced con nosotros
lo que queráis.
Esto es todo lo que respondemos,
lo que contestamos,
a vuestro aliento,
a vuestra palabra,
oh señores nuestros!²

2. LOS PRESAGIOS FUNESTOS SEGÚN LOS INFORMANTES DE SAHAGÚN

Los textos que a continuación se presentan, traducidos directamente del náhuatl, se deben a los informantes indígenas de Sahagún, algunos de ellos testigos oculares de la Conquista. El primer texto narra una serie de presagios y prodigios funestos que afirmaron ver los antiguos mexicanos y de manera especial Motecuhzoma desde unos diez años antes de la llegada de los hombres de Castilla.

Primer presagio funesto

Diez años antes de venir los hombres de Castilla primeramente se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando en el cielo.

Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro del cielo llegaba, bien al cielo estaba alcanzando.

Y de este modo se veía: allá en el oriente se mostraba; de este modo llegaba a la medianoche. Se manifestaba, estaba aún en el amanecer; hasta entonces la hacía desaparecer el sol.

² *Colloquios y doctrina, op. cit.*

Y en el tiempo en que estaba apareciendo: por un año venía a mostrarse. Comenzó en el año 12-Casa.³

Pues cuando se mostraba había alboroto general: se daban palmas en los labios las gentes; había un gran azoro; hacían interminables comentarios.

Segundo presagio funesto que sucedió aquí en México

Por su propia cuenta se abrasó en llamas, se prendió en fuego: nadie tal vez puso fuego, sino por su espontánea acción ardió la casa de Huitzilopochtli. Se llamaba su sitio divino, el sitio denominado "Tlacateccan" [casa de mando].

Se mostró: ya arden las columnas. De adentro salen acá las llamas de fuego, las lenguas de fuego, las llamaradas de fuego.

Rápidamente en extremo acabó el fuego todo el maderamen de la casa. Al momento hubo vocerío estruendoso; dicen: "¡Mexicanos, venid de prisa, se apagará! ¡Traed vuestros cántaros!"

Pero cuando le echaban agua, cuando intentaban apagarla, sólo se enardecía flameando más. No pudo apagarse, del todo ardió.

Tercer presagio funesto

Fue herido por un rayo un templo. Sólo de paja era, en donde se llama "Tzummulco",⁴ el templo de Xiuhtecuhtli. No llovía recio, sólo lloviznaba levemente. Así, se tuvo por presagio; decían de este modo: "No más fue golpe del Sol". Tampoco se oyó el trueno.

Cuarto presagio funesto

Cuando había aún sol, cayó un fuego. En tres partes dividido: salió de donde el sol se mete. Iba derecho viendo a donde sale el sol; como si fuera brasa, iba cayendo en lluvia de chispas. Larga se tendió su cauda;

³ El año 12-Casa, según la cuenta de los antiguos mexicanos. En la cronología cristiana, el año de 1517.

⁴ *Tzummulco* o *Tzomolco*: "en el cabello mullido", era uno de los edificios del Templo Mayor de Tenochtitlan.



lejos llegó su cola. Y cuando visto fue, hubo gran alboroto, como si estuvieran tocando cascabeles.

Quinto presagio funesto

Hirvió el agua, el viento la hizo alborotarse hirviendo. Como si hirviera en furia, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Fue su impulso muy lejos, se levantó muy alto. Llegó a los fundamentos de las casas; y derruidas las casas, se anegaron en agua. Eso fue en la laguna que está junto a nosotros.

Sexto presagio funesto

Muchas veces se oía: una mujer lloraba; iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos.

—¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!

Y a veces decía:

—Hijitos míos, ¿a dónde os llevaré?⁵

Séptimo presagio funesto

Muchas veces se atrapaba, se cogía algo en redes. Los que trabajaban en el agua cogieron cierto pájaro ceniciento, como si fuera grulla. Luego lo llevaron a mostrar a Motecuhzoma, en la Casa de lo Negro [casa de estudio mágico].

Había llegado el sol a su apogeo, era el mediodía. Había uno como espejo en la mollera del pájaro, como rodaja de huso, en espiral y en rejuego: era como si estuviera perforado en su medianía.

Allí se veía el cielo: las estrellas, el Mastelejo. Y Motecuhzoma lo tuvo a muy mal presagio, cuando vio estrellas y el Mastelejo.

Pero cuando vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en lontananza; como si algunas personas vinieran de prisa; bien estiradas; dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestras unos como venados.

Al momento llamó a sus magos, a sus sabios. Les dijo:

⁵ El texto parece referirse a Cihuacóatl, que gritaba y lloraba por la noche. Es éste uno de los antecedentes de la célebre "Llorona".

—¿No sabéis: qué es lo que he visto? ¡Unas como personas que están en pie y agitándose!...

Pero ellos, queriendo dar la respuesta, se pusieron a ver: desapareció [todo]: nada vieron.

Octavo presagio funesto

Muchas veces se mostraban a la gente hombres deformes, personas monstruosas. De dos cabezas, pero un solo cuerpo. Las llevaban a la Casa de lo Negro; se las mostraban a Motecuhzoma. Cuando las había visto, luego desaparecían.⁶

3. PRIMERAS NOTICIAS
DE LA LLEGADA DE LOS FORASTEROS

Y cuando fueron vistos los que vinieron por mar, en barcas van viniendo.

Luego son enviadas personas: el huasteco Pínotl, gran mayordomo. El mayordomo de Mictlancuauhtla, Yaotzin. En tercer lugar, el mayordomo de Teuciniyocan, llamado el de Teuciniyocan. En cuarto lugar, Cuitlapíltoc; no más un guía, que andaba con los otros. En quinto lugar, Téntitl; también no más un guía.

Éstos no más fueron a explorarlo. Fueron bajo el pretexto de que iban a comerciar. Iban a tratar con maña a ver qué clase de gente era, haciendo el truco de vender mantas ricas, cosas bien acabadas, no más, como quien dice, las que usaba Motecuhzoma.

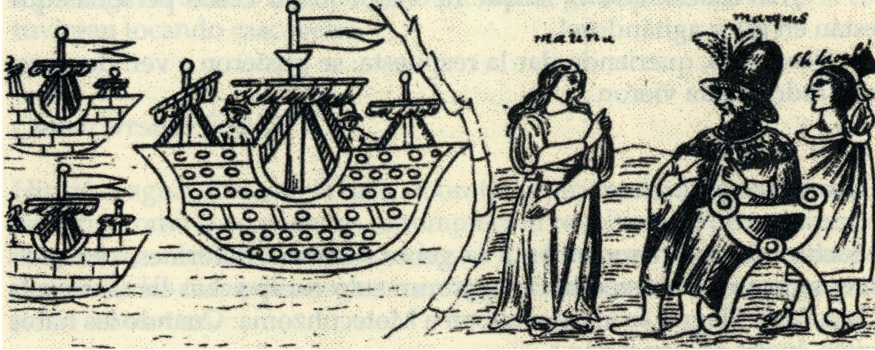
Éstas nadie se las viste: no más son cosa de exclusivo uso, su atributo personal del mismo rey.

Fueron en barca para poder verlos. Cuando tal hicieron, dijo el Pínotl:

—¡No vayamos a dar noticias falsas al señor Motecuhzoma: ya no tendríais vida...! Vamos, pues, nosotros. No demos ocasión de muerte. Que él rectamente oiga todo lo que le llevemos. [Motecuhzomatzin es el nombre de mando real, y su nombre de gobierno es Tlacatecuhtli, "señor de los hombres".]

Al momento ya van por agua. Se metieron a las barcas. Se echaron a alta mar. Los remeros fueron remando.

⁶ Informantes indígenas de Sahagún, *Codice Florentino*, libro XII, cap. I. (Versión del náhuatl de Ángel Ma. Garibay K.)



Aparición de los navíos
con Hernán Cortés y la Malintzin.
(*Códice Durán*, 27.)

Y cuando estuvieron cerca de los hombres de Castilla, al momento frente a ellos hicieron la ceremonia de tocar la tierra y los labios, estando a la punta de su barca. Tuvieron la opinión de que era Nuestro Príncipe Quetzalcóatl que había venido.

Los españoles los llamaron, les dijeron:

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Dónde es vuestra casa?

Al momento les dijeron:

—De México es de donde hemos venido.

Aquellos dijeron:

—Si en verdad sois mexicanos, ¿qué nombre es el del rey de México?

—Señores nuestros: su nombre es Motecuhzoma.

Luego les dan las diversas clases de mantas ricas que habían traído. Tales cuales aquí se mencionan. Una con un sol, otra con flecos azules, otra con tazas labradas, o pintura color de águila, con una cara de serpiente, el joyel propio del dios Ehécatl, con color de sangre de pavo, o con remolinos de agua labrados, o con espejos humeantes. Todos estos géneros de mantas finas les fueron dando.

Fueron agraciados con dones de retorno. Los hombres de Castilla les dieron: collares verdes, amarillos, con que quieren parecerse al cristal de roca. Y cuando los recibieron, cuando los vieron, mucho se maravillaron.

Y los hombres de Castilla les declararon, les dijeron:

—Váyanse, ahora nosotros ya nos iremos a Castilla. No hemos de tardar, ahora vamos a llegar a México.

Luego se fueron. También vinieron acá los enviados, regresaron. Y cuando llegaron a tierra seca, inmediatamente se fueron derecho a México.

Día y noche vinieron caminando para comunicar a Motecuhzoma, para decirle y darle a saber con verdad lo que él debía saber.

Los bienes que habían logrado los vinieron trayendo. Y luego le comunicaron:

—¡Señor nuestro, hijo mío, acaba con nosotros! He aquí lo que hemos visto, he aquí lo que hemos hecho:

Allí donde para ti mantienen vigilancia de las cosas tus abuelos, en la superficie del mar, fuimos a ver a nuestros señores los dioses, dentro del agua.

Allá les dimos todas tus mantas. He aquí los obsequios suyos, nos los dieron. Dijeron:

—Si en verdad habéis venido de México, he aquí lo que daréis al rey Motecuhzoma: con esto nos conocerá.

Le dijeron todo a Motecuhzoma, como lo habían dicho a ellos dentro del agua.

Pues Motecuhzoma les dijo:

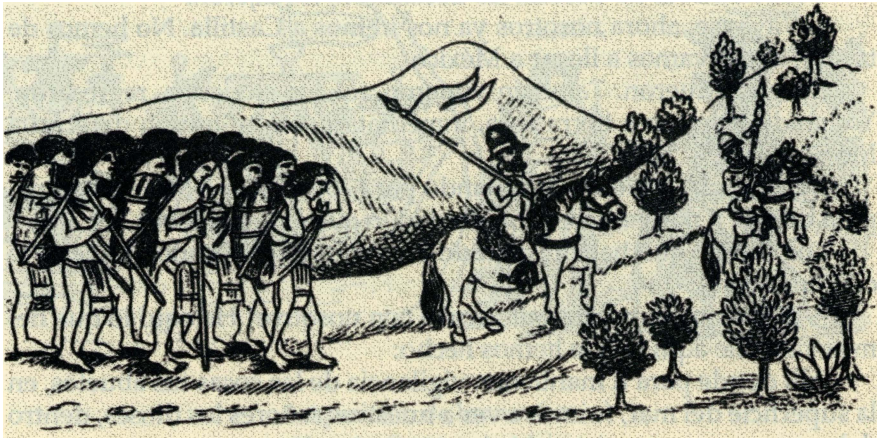
—Os habéis cansado, os habéis fatigado: descansad. Eso lo veo en el secreto. Nadie dirá cosa alguna, nadie abrirá los labios, nadie chistará cosa alguna; nadie lo publique, nadie lo ponga en sus labios. No más quede dentro de vosotros.⁷

4. LA ANGUSTIA DE MOTECUHZOMA Y DEL PUEBLO EN GENERAL

Ahora bien, Motecuhzoma cavilaba en aquellas cosas, estaba preocupado; lleno de terror, de miedo: cavilaba qué iba a acontecer con la ciudad. Y todo el mundo estaba muy temeroso. Había gran espanto y había terror. Se discutían las cosas, se hablaba de lo sucedido.

Hay juntas, hay discusiones, se forman corrillos, hay llanto, se hace largo llanto, se llora por los otros. Van con la cabeza caída, andan cabiz-

⁷ Informantes indígenas de Sahagún, *Códice Florentino*, libro VI, cap. II. (Versión del náhuatl de Ángel Ma. Garibay K.)



Cortés y sus aliados tlaxcaltecas
avanzan hacia el Valle de México.
(*Códice Durán*, 28.)

bajos. Entre llanto se saludan; se lloran unos a otros al saludarse. Hay intento de animar a la gente, se reaniman unos a otros. Hacen caricias a otros, los niños son acariciados.

Los padres de familia dicen:

—¡Ay, hijitos míos!... ¿Qué pasará con vosotros? ¡Oh, en vosotros sucedió lo que va a suceder!...

Y las madres de familia dicen:

—¡Hijitos míos! ¿Cómo podréis vosotros ver con asombro lo que va a venir sobre vosotros?

También se dijo, se puso ante los ojos, se le hizo saber a Motecuhzoma, se le comunicó y se le dio a oír, para que en su corazón quedara bien puesto:

—Una mujer, de nosotros los de aquí, los viene acompañando, viene hablando en lengua náhuatl. Su nombre, Malintzin; su casa, Tetípac. Allá en la costa primeramente la cogieron...

Por este tiempo también fue cuando ellos (la gente de Castilla), hacían con instancia preguntas tocante a Motecuhzoma: cómo era, si acaso muchacho, si acaso hombre maduro, si acaso viejo. Si aún tenía vigor, o si ya tenía sentido de viejo, si acaso ya era un hombre anciano, si tenía cabeza blanca.

Y les respondían a los “dioses”, a la gente de Castilla:

—Es hombre maduro; no grueso, sino delgado, poco enjuto; no más cenefo, de fino cuerpo.

Motecuhzoma piensa en huir

Pues cuando oía Motecuhzoma que mucho se indagaba sobre él, que se escudriñaba su persona, que los “dioses” mucho deseaban verle la cara, como que se apretaba el corazón, se llenaba de grande angustia, estaba para huir, tenía deseos de huir; anhelaba esconderse huyendo, estaba para huir. Intentaba esconderse, ansiaba esconderse. Se les quería esconder, se les quería escabullir a los “dioses”.

Y pensaba y tuvo el pensamiento; proyectaba y tuvo el proyecto; planeaba y tuvo el plan; meditaba y andaba meditando en irse a meter al interior de alguna cueva.

Y a algunos de aquellos en quienes tenía puesto el corazón, en quienes el corazón estaba firme, en quienes tenía gran confianza, los hacía sabedores de ello. Ellos le decían:

—“Se sabe el lugar de los muertos, la Casa del Sol, la Tierra de Tláloc, y la Casa de Cintli. Allí habrá que ir. En donde sea tu buena voluntad.”

Por su parte él tenía su deseo: deseaba ir a la Casa de Cintli [templo de la diosa del maíz].

Así se pudo saber, así se divulgó entre la gente.

Pero esto no lo pudo. No pudo ocultarse, no pudo esconderse. Ya no estaba válido, ya no estaba ardoroso; ya nada se pudo hacer.

La palabra de los encantadores con que habían trastornado su corazón, con que se lo habían desgarrado, se lo habían hecho estar como girando, se lo habían dejado lacio y decaído, lo tenía totalmente incierto e inseguro por saber [si podría ocultarse] allá donde se ha mencionado.

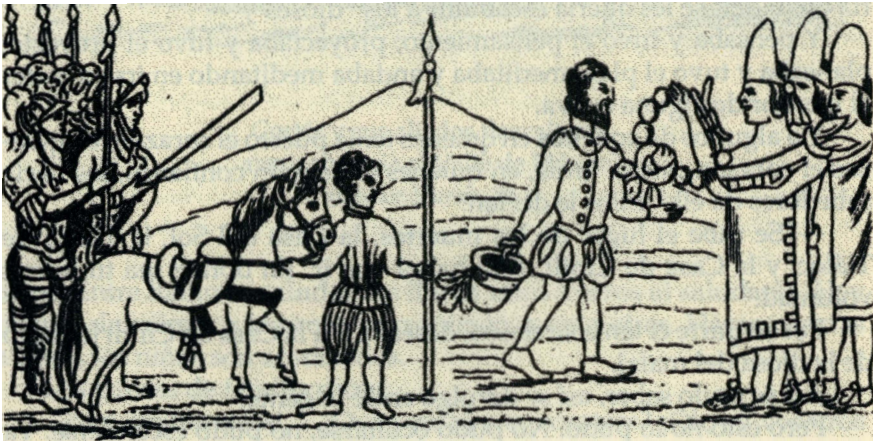
No hizo más que esperarlos. No hizo más que resolverlo en su corazón, no hizo más que resignarse; dominó finalmente su corazón, se recomió en su interior, lo dejó en disposición de ver y de admirar lo que habría de suceder.⁸

⁸ Informantes indígenas de Sahagún, *Códice Florentino*, libro XII, cap. IX. (Versión del náhuatl de Ángel Ma. Garibay K.)

5. EL ENCUENTRO DE CORTÉS Y MOTECUHZOMA

Después de haber pasado los españoles por los señoríos tlaxcaltecas, que desde ese momento se convirtieron en sus aliados debido al odio que profesaban a los mexicas, Cortés inició su marcha hacia el Valle de México. A su paso por Cholula tuvo lugar la matanza de que hablan numerosas fuentes.

Por fin, el 8 de noviembre de 1519, los hombres de Castilla, después de cruzar los volcanes, hicieron su primera entrada en México-Tenochtitlan. Llegaron por la calzada de Iztapalapa que unía a la ciudad con la ribera del lago por el sur. Veamos el testimonio indígena.



Encuentro de Hernán Cortés con Motecuhzoma.
(Códice Durán, 77.)

Así las cosas, llegaron [los españoles] hasta Xoloco.⁹ Allí llegan a su término, allí está la meta.

En este tiempo se adereza, se engalana Motecuhzoma para ir a darles el encuentro. También los demás grandes príncipes, los nobles, sus magnates, sus caballeros. Ya van todos a dar el encuentro a los que llegan.

En grandes bateas han colocado flores de las finas: la flor del escudo, la del corazón; en medio se yergue la flor de buen aroma, y la amarilla fragante, la valiosa. Son guirnaldas, son travesaños para el pecho.

⁹ Xoloco: "en la bifurcación". Sitio donde se bifurcaba la calzada que conducía a México.

También van portando collares de oro, collares de cuentas colgantes gruesas, collares de tejido de petatillo.

Pues allí en Huitzillan les sale al encuentro Motecuhzoma. Luego hace dones al capitán, al que rige la gente, y a los que vienen a guerrear. Los regala con dones, les pone flores en el cuello, les da collares de flores y sartaes de flores para cruzarse el pecho, les pone en la cabeza guirnaldas de flores.

Pone en seguida delante los collares de oro, todo género de dones, de obsequios de bienvenida.

Diálogo de Motecuhzoma y Cortés

Cuando él hubo terminado de dar collares a cada uno, dijo Cortés a Motecuhzoma:

—¿Acaso eres tú? ¿Es que ya tú eres? ¿Es verdad que eres tú Motecuhzoma?

Le dijo Motecuhzoma:

—Sí, yo soy.

Inmediatamente se pone en pie, se levanta para recibirlo, se acerca a él y se inclina, cuanto puede dobla la cabeza; así lo arenga, le dijo:¹⁰

“Señor nuestro: te has fatigado, te has dado cansancio; ya a la tierra tú has llegado. Has arribado a tu ciudad, México. Aquí has venido a sentarte en tu solio, en tu trono. Oh, por tiempo breve te lo reservaron, te lo conservaron, los que ya se fueron, tus sustitutos.

Los señores reyes, Itzcoatzin, Motecuhzomatzin el viejo, Axayácatl, Tízoc, Ahuítzotl. Oh, qué breve tiempo tan sólo guardaron para ti, dominaron la ciudad de México. Bajo su espalda, bajo su abrigo estaba metido el pueblo bajo.

¿Han de ver ellos y sabrán acaso de los que dejaron, sus pósteros?

¡Ojalá uno de ellos estuviera viendo; viera con asombro lo que yo ahora veo venir en mí!

Lo que yo veo ahora: yo el residuo, el superviviente de nuestros señores.

No, no es que yo sueño, no me levanto del sueño adormilado; no lo veo en sueños, no estoy soñando...

¡Es que ya te he visto, es que ya te he puesto mis ojos en tu rostro!

Ha cinco, ha diez días yo estaba angustiado: tenía fija la mirada en la Región del Misterio.

¹⁰ Las palabras de Motecuhzoma parecen implicar que éste cree ver aún a Quetzalcóatl en la figura de Hernán Cortés.



Y tú has venido entre nubes, entre nieblas.

Como que esto era lo que nos habían dejado dicho los reyes, los que rigieron, los que gobernaron tu ciudad:

Que habrías de instalarte en tu asiento, en tu sitio, que habrías de venir acá...

Pues ahora, se ha realizado. Ya tú llegaste, con gran fatiga, con afán viniste.

Llega a la tierra, ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo.

¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros!”.

Cuando hubo terminado la arenga de Motecuhzoma, la oyó el marqués, se la tradujo Malintzin, se la dio a entender.

Y cuando hubo percibido el sentido del discurso de Motecuhzoma, luego le dio respuesta por boca de Malintzin. Le dijo en lengua extraña; le dijo en lengua salvaje:

—Tenga confianza Motecuhzoma, que nada tema. Nosotros mucho lo amamos. Bien satisfecho está hoy nuestro corazón. Le vemos la cara, lo oímos. Hace ya mucho tiempo que deseábamos verlo.

Y dijo esto más:

—Ya vimos, ya llegamos a su casa en México; de este modo, pues, ya podrá oír nuestras palabras, con toda calma.

Luego lo cogieron de la mano, con lo que lo fueron acompañando. Le dan palmadas al dorso, con que le manifiestan su cariño...¹¹

6. LA MATANZA DEL TEMPLO MAYOR

Establecidos ya los hombres de Castilla en México-Tenochtitlan, Motecuhzoma se convirtió en prisionero de Cortés. Éste tuvo que ausentarse de la ciudad para ir a combatir con Pánfilo de Narváez, quien venía a quitarle el mando por orden de Diego Velázquez, gobernador de Cuba. Alvarado aprovechó entonces la fiesta de Tóxcatl, en la que se reunía el pueblo en el recinto del Templo Mayor, para atacar alevosamente a los indígenas.

Pues así las cosas, mientras se está gozando de la fiesta, ya es el baile, ya es el canto, ya se enlaza un canto con otro, y los cantos son como

¹¹ Informantes indígenas de Sahagún, *Códice Florentino*, libro XII, cap. XVI. (Versión del náhuatl de Ángel Ma. Garibay K.)

un estruendo de olas, en ese preciso momento los hombres de Castilla toman la determinación de matar a la gente. Luego vienen acá, todos vienen en armas de guerra.

Vienen a cerrar las salidas, los pasos, las entradas: La Entrada del Águila, en el palacio menor, la del Acatliyacapan [Punta de la Caña], la de Tezcacóac [Serpiente de espejos].

Y luego que hubieron cerrado, en todas ellas se apostaron: ya nadie pudo salir.

Dispuestas así las cosas, inmediatamente entra al Patio Sagrado para matar a la gente. Van a pie, llevan sus escudos de madera, y algunos los llevan de metal y sus espadas.

Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales. Dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron, lejos fue a caer su cabeza cercenada.

Al momento todos acuchillan, alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. A algunos les acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra dispersas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza; les rebanaron la cabeza, enteramente hecha trizas quedó su cabeza.

Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos. A aquéllos hieren en los muslos, a éstos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen. Todas las entrañas cayeron por tierra. Y había algunos que aún en vano corrían: iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos. Anhelosos de ponerse en salvo, no hallaban a dónde dirigirse.

Pues algunos intentaban salir; allí en la entrada los herían, los apuñalaban. Otros escalaban los muros; pero no pudieron salvarse. Otros se metieron en la casa común: allí sí se pusieron en salvo. Otros se entremetieron entre los muertos, se fingieron muertos para escapar. Aparentando ser muertos, se salvaron. Pero si entonces uno se ponía en pie, lo veían y lo acuchillaban.

La sangre de los guerreros cual si fuera agua corría: como agua que se ha encharcado, y el hedor de la sangre se alzaba al aire, y de las entrañas que parecían arrastrarse.

Y los españoles andaban por doquiera en busca de las casas de la comunidad: por doquiera lanzaban estocadas, buscaban cosas, por si alguno estaba oculto allí; por doquiera anduvieron, todo lo escudriñaron. En las casas comunales por todas partes rebuscaron.



Matanza del Templo Mayor en Tenochtitlan.
(*Códice Durán*, 75.)



La reacción de los mexicanos

Y cuando se supo fuera, empezó una gritería:

—¡Capitanes, mexicanos... venid acá! ¡Que todos armados vengan con sus insignias, escudos, dardos!... ¡Venid acá de prisa, corred, muertos son los capitanes, han muerto nuestros guerreros!... ¡Han sido aniquilados, oh capitanes mexicanos!

Entonces se oyó el estruendo, se alzaron gritos, y el ulular de la gente que se golpeaba los labios. Al momento fue el agruparse, todos los capitanes, cual si hubieran sido citados; traen sus dardos, sus escudos.

Entonces la batalla empieza: dardean con venablos, con saetas y aun con jabalinas, con arpones de cazar aves. Y sus jabalinas furiosos y apresurados lanzan. Cual si fuera una capa amarilla, las cañas sobre los españoles se tienden.

La gente de Castilla se refugia en las casas reales

Por su parte la gente de Castilla inmediatamente se acuarteló. Y ellos también comenzaron a flechar a los mexicas, con sus dardos de hierro. Y dispararon el cañón y el arcabuz.

Inmediatamente echaron grillos a Motecuhzoma.

Los capitanes mexicas fueron sacados uno en pos de otro, de los que habían sucumbido en la matanza. Eran llevados, eran sacados, se hacían pesquisas para reconocer quién era cada uno.

El llanto por los muertos

Y los padres y las madres de familia alzaban el llanto. Fueron llorados, se hizo la lamentación de los muertos.

A cada uno lo llevan a su casa, pero después los trajeron al Patio Sagrado. Allí reunieron a los muertos; allí a todos juntos los quemaron, en un sitio definido, el que se nombra Cuauhxicalco [Urna del Águila]. Pero a otros los quemaron en la Casa de los Jóvenes.¹²

¹² Informantes indígenas de Sahagún, *Códice Florentino*, libro XII, cap. XX. (Versión del náhuatl de Ángel Ma. Garibay K.)



7. EL TEXTO ANÓNIMO DE TLATELOLCO

Esta relación de la Conquista, redactada en lengua náhuatl hacia 1528 por autores anónimos del vecino Tlatelolco, da principio también con la llegada de los españoles por las costas del Golfo. Aquí se transcribe la mayor parte de ella, desde el momento en que se refiere la huida de los españoles después de la ya descrita matanza del Templo Mayor.

La noche triste

En consecuencia luego salieron de noche. En la fiesta de Tecuítli salieron; fue cuando murieron en el Canal de los Toltecas. Allí furiosamente los atacamos.

Cuando de noche salieron, primero fueron a reconcentrarse en Maza-tzintamalco. Allí fue la espera de unos a otros cuando salieron de noche.

Año 2-Pedernal. Fue cuando murió Motecuhzoma; también en el mismo tiempo murió el Tlacocheácatl de Tlatelolco, Itzcohuatzin.

Cuando se fueron [los españoles], fueron a asentarse en Acueco. Los echaron de allí. Fueron a situarse en Teuhcalhueyacan. Se fueron para Zoltépec. De allí partieron, fueron a situarse en Tepotzotlan. De allí se fueron, fueron a situarse en Citlaltépec; de allí fueron a establecerse en Temazcalpan. Allí los salieron a encontrar: les dieron gallinas, huevos, maíz en grano. Allí tomaron resuello.

Ya se fueron a meter en Tlaxcala.

Entonces se difundió la epidemia: tos, granos ardientes, que que-man.

El regreso de los españoles

Cuando ha pasado un poco la epidemia, ya se ponen en marcha. Van a salir a Tepeyácac, fue el primer lugar que conquistan.

Se van de allí. Cuando es la fiesta de Tomar la bebida [Tlahuano], van a salir a Tlapechuan. Es la fiesta de Izcalli.

A los doscientos días vinieron a salir, se vinieron a situar en Tetzco-co. Estuvieron allí cuarenta días.

Luego ya vienen, de nuevo vienen en seguimiento de Citlaltépec. A Tlacopan. Allí se establecen en el palacio.

Y también se metieron acá los de Chiconauhtla, Xaltocan, Cuauhtitlan, Tenayucan, Azcapotzalco, Tlacopan, Coyoacan.

Por siete días no están combatiendo.

Estaban solamente en Tlacopan. Pero luego de nuevo retroceden. No más se van todos juntos y por allá van a salir, para establecerse en Tetzcoco.

Ochenta días y otra vez van a salir a Huaxtépec, Cuauhnáhuac [Cuernavaca]. De allá bajaron a Xochimilco. Allí murió gente de Tlatelolco. Otra vez salió [el español] de allí; vino a Tetzcoco, allí también a situarse. También en Tlaliztacapa murieron gentes de Tlatelolco.

Cuando él se fue a situar a Tetzcoco fue cuando comenzaron a matarse unos con otros los de Tenochtitlan.

En el año 3-Casa mataron a sus príncipes el Cihuacóatl Tzihuacpocatzin y a Cicpatzin Tecuecuenotzin. Mataron también a los hijos de Motecuhzoma, Axayaca y Xoxopehuáloc.

Esto más: se pusieron a pleitear unos con otros y se mataron unos a otros. Esta es la razón por la que fueron muertos estos principales. Movían, trataban de convencer al pueblo para que se juntara maíz blanco, gallinas, huevos para que dieran tributo a aquéllos [a los hombres de Castilla].

Fueron sacerdotes, capitanes, hermanos mayores los que hicieron estas muertes. Pero los principales jefes se enojaron porque habían sido muertos aquellos principales.

Dijeron los asesinos:

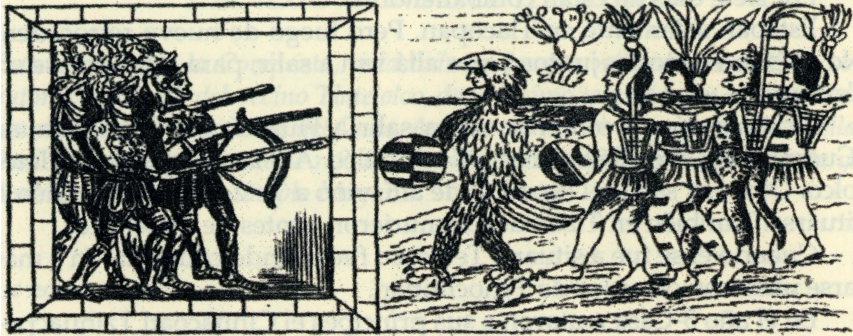
—¿Es que nosotros hemos venido a hacer matanzas? Últimamente, hace sesenta días que hubo muertos a nuestro lado... ¿Con nosotros se puso en obra la fiesta de Tóxcatl... [La matanza del Templo Mayor].

El asedio de Tenochtitlan

Ya se ponen en pie de guerra, ya van a darnos batalla [los españoles]. Por espacio de diez días nos combaten y es cuando vienen a aparecer sus naves. A los veinte días van a colocar sus naves por Nonohualco, en el punto llamado Mazatzintamalco.

Cuando sus naves llegaron acá, llegaron por el rumbo de Iztacalco. Entonces se sometió a ellos el habitante de Iztacalco. También de allá se dirigieron acá. Luego se fueron a situar las naves en Acachinanco.

También desde luego hicieron sus casas de estacamento los de Huexotzinco y Tlaxcala a un lado y otro del camino. También dispersan sus barcos los de Tlatelolco. Éstos están en sus barcas en el camino de Nonohualco, en Mazatzintamalco están sus barcas.



Enfrentamiento entre los españoles refugiados en el palacio de Axayácatl, en Tenochtitlan, y los mexicas. (*Códice Durán*, 76.)

Pero en Xohuititlan y en Tepeyácac nadie tiene barcas. Los únicos que estábamos en vigilancia del camino somos los de Tlatelolco cuando aquellos llegaron con sus barcas. Al día siguiente las fueron a dejar a Xoloco.

Por dos días hay combate en Huitzilán. Fue cuando se mataron unos a otros los de Tenochtitlan. Se dijeron:

—¿Dónde están nuestros jefes? ¿Tal vez una sola vez han venido a disparar? ¿Acaso han hecho acciones de varones?

Apresuradamente vinieron a coger a cuatro: por delante iban los que los mataron. Mataron a Cuauhnochtli, capitán de Tlacatecco, a Cuapan, capitán de Huitznáhuac, al sacerdote de Amantlan, y al sacerdote de Tlalocan. De modo tal, por segunda vez, se hicieron daño a sí mismos los de Tenochtitlan al matarse unos a otros.

Los españoles vinieron a colocar dos cañones en medio del camino de Tecamman mirando hacia acá. Cuando dispararon los cañones la bala fue a caer en la Puerta del Águila.

Entonces se pusieron en movimiento juntos los de Tenochtitlan. Tomaron en brazos a Huitzilopochtli, lo vinieron a meter en Tlatelolco, lo vinieron a depositar en la Casa de los Muchachos [Telpochcalli], que está en Amáxac. Y su señor vino a establecerse a Acacolco. Era, Cuauhtemotzin.¹³

¹³ Cuauhtemotzin, forma reverencial para designar al joven señor Cuauhtémoc.



La gente se refugia en Tlatelolco

Y eso bastó; los del pueblo bajo en esta ocasión dejaron su ciudad de Tenochtitlan para venir a meterse a Tlatelolco. Vinieron a refugiarse en nuestras casas. Inmediatamente se instalaron por todas partes en nuestras casas, en nuestras azoteas.

Gritan sus jefes, sus principales y dicen:

—Señores nuestros, mexicas, tlatelolcas...

Un poco nos queda... No hacemos más que guardar nuestras casas.

No se han de adueñar de los almacenes, del producto de nuestra tierra.

Aquí está nuestro sustento, el sostén de la vida, el maíz.

Lo que para vosotros guardaba vuestro rey: escudos, insignias de guerra, rodela ligeras, colgajos de pluma, orejeras de oro, piedras finas. Puesto que todo esto es vuestro, propiedad vuestra.

No os desaniméis, no perdáis el espíritu. ¿A dónde hemos de ir?

¡Mexicas somos, tlatelolcas somos!

Inmediatamente tomaron de prisa todas las cosas los que mandan acá, cuando ellos vinieron a entregar las insignias, sus objetos de oro, sus objetos de pluma de quetzal.

Y éstos son los que andan gritando por los caminos y entre las casas y en el mercado:

Xipánoc, Teltlyaco, el vice-Cihuacóatl, Motelchiuh cuando era de Huiznáhuatl, Zóchitl, el de Acolnáhuac, de Anáhuac, el Tlacohcácatl, Itzpotonqui, Ezhuahuácatl, Coaihuítl, que se dio a conocer como jefe de Tezcacóac. Huánitl, que era Mixcoatlailótlac; el intendente de los templos, Tentil. Estos eran los que anduvieron gritando, como se dijo, cuando se vinieron a meter a Tlatelolco.

Y aquí están los que los oyeron:

Los de Coyoacan, de Cuauhtitlan, de Tultitlan, de Chicunauhtla, Coanacotzin, el de Tetzco, Cuitláhuac, el de Tepechpan, Itzyoca. Todos los señores de estos rumbos oyeron el discurso dicho por los de Tenochtitlan.

Y todo el tiempo en que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca; en todos los caminos de aquí: Yacacolco, Atezcapan, Coatlan, Nonohualco, Xoxohuitlan, Tepeyácac, en todas estas partes fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los tlatelolcas. De igual modo, los canales también fue obra nuestra exclusiva.¹⁴

¹⁴Nótese el constante empeño de los mexica-tlatelolcas por mencionar su valentía y sus proezas en la defensa de la ciudad, reprochando con frecuencia a los mexica-



Ahora bien, los capitanes tenochcas allí [en su refugio de Tlatelolco], se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cortaron, y los cuachiques, y los otomíes,¹⁵ de grado militar, que suelen traer puesto su casco de plumas, ya no se vieron en esta forma, durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo.

Por su parte, los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquellos y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles:

—¿No más estáis allí parados?... ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros!...

Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco.

Y cuando ven todo esto los de esta ciudad alzan la voz, pero ya no se ven por ninguna parte los tenochcas.

De parte de los tlatelolcas, pereció lo mismo el cuáchic que el otomí y el capitán. Murieron a obra de cañón, o de arcabuz.

El mensaje del señor de Acolhuacan

En este tiempo viene una embajada del señor de Acolhuacan, Tecocoltzin. Los que vienen a conferenciar en Tlatelolco son:

Tecucyahuácatl, Topantemoctzin, Tezacohuácatl, Quiyotecatzin, el Tlacatécatl Temilotzin, el Tlacochehácatl Coyohuehuetzin y el Tziuh-tecanécatl Matlalacatzin.

Dicen los enviados del señor de Acolhuacan, Tecocoltzin:

—Nos envía acá el señor, el de Acolhuacan, Tecocoltzin. Dice esto: “Oigan por favor los mexicanos tlatelolcas:

Arde, se calcina su corazón y su cuerpo está doliente.

De igual modo a mí me arde y se calcina mi corazón.

¿Qué es lo poquito que yo tengo? De mi fardo, el hueco de mi manto, por dondequiera cogen: me lo van quitando. Se hizo, se acabó el habitante de este pueblo.”

Pues digo:

“Que por su sola voluntad lo disponga el tenochca: por su propio gusto perezca: nada ya haré en su favor, ya no esperaré en su palabra.

tenochcas. Como una explicación de esto puede recordarse el antiguo resentimiento de los tlatelolcas, vencidos y sometidos por los tenochcas, desde los tiempos del señor Axayácatl.

¹⁵ *Cuachiques y otomíes*, grados militares entre los mexicas.

¿Qué dirá? ¿Cómo dispondréis los poquitos días? Es todo, que oigan mis palabras.”

Ya le retornan el discurso los señores de Tlatelolco, le dicen:

—Nos haces honor, oh tú capitán, hermano mío:

¿Pues qué, es acaso nuestra madre y nuestro padre el chichimeca habitante de Acolhuacan?

Pues aquí está. Lo oyen. Sesenta días van de que tiene intención de que se haga como él lo ha dicho. Y ahora más lo ha visto: totalmente se destruyen, no más dan gritos. Pues unos se conservan como gente de Cuauhtitlan, otros como de Tenayucan, de Azcapotzalco, o de Coyocan se hacen pasar.

No más esto veo: y es que ellos gritan que son tlatelolcas ¿Cómo lo haré?

¡Se ha satisfecho su corazón, ha tenido el gusto de hacerlo, le han salido bien, le vino como deslizado!... ¡Ah, ya estamos haciendo el mandato y la disposición de nuestro señor! ¡Hace sesenta días que estamos combatiendo!

Los tlatelolcas son invitados a pactar

Vino a amedrentarlos de parte de los españoles, a dar gritos el llamado Castañeda, en donde se nombra Yauhtenco vino a dar gritos. Lo acompañan tlaxcaltecas, ya dan gritos a los que están en atalaya de guerra junto al muro en agua azul. Son el llamado Itzpalanqui, capitán de Chapultepec, dos de Tlapala, y Cuexacaltzin.

Viene a decirles:

—¡Vengan acá algunos! Y ellos se dicen:

—¿Qué querrá decir? Vayamos a oírlo.

Luego se colocan en una barca y desde lejos dispuestos le dicen a aquél:

—¿Qué es lo que queréis decir?

Ya dicen los tlaxcaltecas:

—¿Dónde es vuestra casa?

Dicen:

—Está bien, sois los que son buscados. Venid acá, os llama el “dios”, el capitán.

Entonces salieron, van con él a Nonohualco, a la Casa de la Niebla en donde están el capitán y Malintzin y “El Sol” [Alvarado] y Sandoval. Allí están reunidos los señores del pueblo, hay parlamento, dicen al capitán:

—Vinieron los tlatelolcas, los hemos ido a traer.



Dijo Malintzin a ellos:

“Venid acá, dice el capitán:

¿Qué piensan los mexicanos? ¿Es un chiquillo Cuauhtémoc?

¿Qué no tienen compasión de los niños, de las mujeres?

¿Es así como han de perecer los viejos?

Pues están aquí conmigo los señores de Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Chalco, Acolhuacan, Cuauhnáhuac, Xochimilco, Mizquic, Cuitláhuac, Culhuacan.”

Ellos [varios] dijeron:

—¿Acaso de las gentes se está burlando el tenochca? También su corazón sufre por el pueblo en que nació. Que dejen solo al tenochca; que solo y por sí mismo... vaya pereciendo...

¿Se va a angustiar acaso el corazón del tlatelolca, porque de esta manera han perecido los mexicas, de quienes él se burlaba?

Entonces dicen [los enviados tlatelolcas] a los señores:

—¿No es acaso de este modo como lo decís, señores? Dicen ellos [los señores indígenas aliados de Cortés]:

—Sí. Así lo oiga nuestro señor el “dios”: dejad solo al tenochca, que por sí solo perezca... ¿Allí está la palabra que vosotros tenéis de nuestros jefes?

Dijo el “dios” [Cortés]:

—Id a decir a Cuauhtémoc; que toman acuerdo, que dejan solo al tenochca. Yo me iré para Teucalhueyacan, como ellos hayan concertado allá me irán a decir sus palabras. Y en cuanto a las naves, las mudaré para Coyoacan.

Cuando lo oyeron, luego le dijeron [los tlatelolcas]:

—¿Dónde hemos de coger a aquellos [a los tenochcas] que andan buscando? ¡Ya estamos al último respiro, que de una vez tomemos algún aliento!...

Y de esta misma manera se fueron a hablar con los tenochcas. Allá con ellos se hizo junta. Desde las barcas no más se gritó. No era posible dejar solo al tenochca.¹⁶

Se reanuda la lucha

Así las cosas, finalmente, contra nosotros se disponen a atacar. Es la batalla. Luego llegaron a colocarse en Cuepopan y en Cozcacuahco. Se

¹⁶ A pesar de los esfuerzos de Cortés por dividir a los mexicas-tlatelolcas y a los mexicas-tenochcas, los primeros deciden mantener su lealtad.

ponen en actividad con sus dardos de metal. Es la batalla con Coyohuehuetzin y cuatro más.

Por lo que hace a las naves de ellos, vienen a ponerse en Texopan. Tres días es la batalla allí. Vienen a echarnos de allí. Luego llegan al Patio Sagrado. Cuatro días es la batalla allí.

Luego llegan hasta Yacacolco. Es cuando llegaron acá los españoles, por el camino de Tlilhuacan.

Y esto fue todo. Habitantes de la ciudad murieron dos mil hombres sólo de Tlatelolco. Fue cuando hicimos los de Tlatelolco armazones de "hileras de cráneos" [*tzompantli*]. En tres sitios estaban colocados estos armazones. En el que está en el Patio Sagrado de Tlilancalco [casa negra]. Es donde están ensartados los cráneos de nuestros señores [españoles].

En el segundo lugar, que es Acacolco, también están ensartados cráneos de nuestros señores y dos cráneos de caballo.

En el tercer lugar que es Zacatla, frente al templo de la diosa [Cihuacóatl], hay exclusivamente cráneos de tlatelolcas.

Y así las cosas, vinieron a hacernos evacuar. Vinieron a estacionarse en el mercado.

Fue cuando quedó vencido el tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero. Con esto dio su final conclusión la batalla.

Fue cuando también lucharon y batallaron las mujeres de Tlatelolco lanzando sus dardos. Dieron golpes a los invasores; llevaban puestas insignias de guerra; las tenían puestas. Sus faldelines llevaban arregados, los alzaron para arriba de sus piernas para poder perseguir a los enemigos.

Fue también cuando le hicieron un doselete con mantas al capitán allí en el mercado, sobre un templete. Y fue cuando colocaron la catapulta aquí en el templete. En el mercado la batalla fue por cinco días.

Descripción épica de la ciudad sitiada

Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte nos vimos angustiados.

En los caminos yacen dardos rotos;
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tienen sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y están las paredes salpicadas de sesos.



Rojas están las aguas, cual si las hubieran teñido,
y si las bebíamos, eran agua de salitre.
Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad
y nos quedaba por herencia una red de agujeros.
En los escudos estuvo nuestro resguardo,
pero los escudos no detienen la desolación.
Hemos comido panes de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
pedazos de adobe, lagartijas, ratones,
y tierra hecha polvo y aun los gusanos.

Comimos la carne apenas sobre el fuego estaba puesta. Cuando estaba cocida la carne, de allí la arrebataban, en el fuego mismo la comían.

Se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño y de la doncella. Basta: de un pobre era el precio sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco. Sólo era nuestro precio veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas ricas, plumajes de quetzal, todo eso que es precioso, en nada fue estimado.

Solamente se echó fuera del mercado a la gente cuando allí se colocó la catapulta.

Ahora bien, a Cuauhtémoc le llevaban los cautivos. No quedan así. Los que llevan a los cautivos son los capitanes de Tlacatecco. De un lado y de otro les abren el vientre. Les abría el vientre Cuauhtemoctzin en persona y por sí mismo.

El mensaje del Acolnahuácatl Xóchitl

Fue en este tiempo cuando vinieron a traer [los españoles] al Acolnahuácatl Xóchitl, que tenía su casa en Tenochtitlan Murió en la guerra. Por veinte días lo habían andado trayendo con ellos. Vinieron a dejarlo en el mercado de Tlatelolco. Allí las flechas lo cazaron.

Cuando lo vinieron a dejar fue así: lo venían trayendo de ambos lados cogido. Traían también una ballesta, un cañón, que vienen a colocar en el lugar donde se vende el incienso. Allí dieron gritos.

Luego van los de Tlatelolco, van a recogerlo. Va guiando a la gente el capitán de Huitznáhuac, un huasteco

Cuando hubieron recogido a Xóchitl viene a dar cuenta a [Cuauhtémoc] el capitán de Huitznáhuac, viene a decirle:

—Trae un recado Xóchitl.

Y Cuauhtémoc conferenció con Topantémoc:

—Tú irás a parlamentar con el capitán [con Cortés].

Durante el tiempo en que fueron a dejar a Xóchitl, descansó el escudo, ya no hubo combates, ya no se cogía prisionero a nadie.

Luego llevan a Xóchitl, lo vienen a poner en el templo de la Mujer [Cihuacóatl], en Axocotzinco.

Cuando lo han colocado allí, luego Topantemoctzin, Coyohuehuetzin y Temolitzin dicen a Cuauhtémoc:

—Príncipe mío: [los españoles] han venido a dejar a uno de los jefes, Xóchitl, el de Acolnahuacatl. Dizque te ha de dar su recado.

Respondió [Cuauhtémoc], luego dijo:

—Y vosotros, qué decís?

Inmediatamente todos alzaron el grito y dijeron:

—Que lo traigan acá... ha venido a ser como nuestra paga. Ya hicimos agujeros con papel, ya hicimos agujeros con incienso. Que oiga solamente su mensaje el que lo ha ido a recoger.

Por tanto, inmediatamente va el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, a ver cómo es el mensaje que viene a dejar Xóchitl.

El Acolnahuacatl Xóchitl dijo: os manda decir el "dios" capitán y Malintzin.

"Oigan, por favor, Cuauhtémoc, Coyohuehuetzin, Topantémoc:

¿No tienen compasión de los pobres, de los niños, de los viejitos, de las viejitas? ¡Ya todo acabó aquí! ¡Acaso todavía pueden las vanas palabras? ¡Todo está ya terminado!

¡Entreguen mujeres de color claro, maíz blanco, gallinas, huevos, tortillas blancas! Aún es esto posible. ¿Qué responden? ¡Es necesario que por su propia voluntad se someta el tenochca, o que por su propia voluntad perezca!"...

Cuando hubo recibido el mensaje el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, luego va a dar la palabra a los señores de Tlatelolco y allí al señor de los tenochcas, Cuauhtémoc. Y cuando oyeron el mensaje que les vino a comunicar el Acolnahuacatl Xóchitl, luego se ponen en deliberación los señores de Tlatelolco. Dicen:

—¿Qué es lo que decís vosotros? ¿Qué determinación tomáis?

Dijo a esto el Tlacohcácatl Coyohuehuetzin:

—Habladle al huasteco.

Se consulta a los agoreros

Y dice Cuauhtémoc [a los agoreros]:



—Venid por favor: ¿qué miráis, qué veis en vuestros libros?

Le dice el sacerdote, el sabedor de papeles, el que corta papeles.

—Príncipe mío, oíd lo que de verdad diremos:

Solamente cuatro días y habremos cumplido ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda. ¿Acaso a excusas de él tendréis que ver por vosotros? Dejemos que pasen estos cuatro para que se cumplan ochenta.

Y hecho esto, no se hizo caso. También de nueva cuenta empezó la batalla. De modo que solamente fue a presentarla, a dar comienzo a la guerra el capitán de Huitznáhuac, el huasteco.

Por fin de cuentas todos nos pusimos en movimiento hacia Amáxac. Hasta allá llegó la batalla. Luego fue la dispersión, no más por las cuestas están colocadas las gentes. El agua está llena de personas; los comienzos de los caminos están llenos de gente.

La ciudad vencida

Este fue el modo como feneció el mexica, el tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad. Allí en Amáxac fue donde estuvimos todos. Y ya no teníamos escudos, ya no teníamos macanas, y nada teníamos que comer, ya nada comimos. Y toda la noche llovió sobre nosotros.

Prisión de Cuauhtémoc

Ahora bien, cuando salieron del agua ya van Coyohuehuetzin, Topantemoctzin, Temilotzin y Cuauhtemoctzin. Llevaron a Cuauhtemoctzin a donde estaba el capitán, y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin.

Y cuando aquéllos fueron hechos prisioneros, fue cuando comenzó a salir la gente del pueblo a ver dónde iba a establecerse. Y al salir iba con andrajos, y las mujercitas llevaban las carnes de la cadera casi desnudas. Y por todos lados hacen rebusca los cristianos. Les abren las faldas, por todos lados les pasan la mano, por sus orejas, por sus senos, por sus cabellos.

Y esta fue la manera como salió el pueblo: por todos los rumbos se esparció; por todos los pueblos vecinos, se fue a meter a los rincones, a las orillas de las casas de los extraños.

En un año 3-Casa [1521], fue conquistada la ciudad. En la fecha en que nos esparcimos fue en Tlaxochimaco, un día 1-Serpiente.

Cuando nos hubimos dispersado, los señores de Tlatelolco fueron a establecerse a Cuauhtitlan: son Topantemoctzin, el Tlacochealcatl Coyohuehuetzin y Temilotzin.

El que era gran capitán, el que era gran varón solo por allá va saliendo y no lleva sino andrajos. De modo igual, las mujeres, solamente llevaban en sus cabezas trapos viejos, y con piezas de varios colores han hecho sus camisas.

Por esta causa están afligidos los principales y de eso hablan unos con otros: ¡hemos perecido por segunda vez!

Un pobre hombre del pueblo que iba para arriba fue muerto en Otontlan de Acolhuacan traicioneramente. Por tanto, se ponen a deliberar unos con otros los del pueblo que tienen compasión de aquel pobre. Dicen:

—Vamos, vamos a rogar al capitán nuestro señor.

La orden de entregar el oro

En este tiempo se hace requisita de oro, se investiga a las personas, se les pregunta si acaso un poco de oro tienen, si lo escondieron en su escudo, o en sus insignias de guerra, si allí lo tuvieron guardado, o si acaso su bezote, su colgajo del labio, o su luneta de la nariz, o tal vez su dije pendiente, todo cuanto sea, luego ha de juntarse.

Y hecho así, se rejuntó todo cuanto se pudo descubrir. Luego lo viene a presentar uno de sus jefes, Cuezacaltzin de Tlapala, Huitziltzin, de Tepanecapan, el capitán de Huitznáhuac, el huasteco, y Potzontzin de Cuitlachcohuacan. Estos van a entregar el oro a Coyoacan. Cuando han llegado allá dicen:

—Capitán, señor nuestro, amo nuestro: te mandan suplicar los señores tus vasallos los grandes de Tlatelolco. Dicen:

“Oiga por favor el señor nuestro:

Están afligidos sus vasallos, pues los afligen los habitantes de los pueblos en donde están refugiados por los rincones y esquinas.

Se burlan de ellos el habitante de Acolhuacan y el Otomí, los matan a traición.

Y esto más: aquí está esto con que vienen a implorarte: esto es lo que estaba en las orejas y en los escudos de los dioses de tus vasallos.”

En su presencia colocan aquello, lo ponen en cestones para que lo vea. Y cuando el capitán y Malintzin lo vieron, se enojaron y dijeron:

—¿Es acaso eso lo que se anda buscando? Lo que se busca es lo que dejaron caer en el Canal de los toltecas. ¿Dónde está? ¡Se necesita!

Al momento le responden los que vienen en comisión:

—Lo dio Cuauhtemotzin al Cihuacóatl y al Huiznahuácatl. Ellos saben en dónde está: que les pregunten.

Cuando lo oyó finalmente mandó que les pusieran grillos, que los encadenaran. Vino a decirles Malintzin:

—Dice el capitán: que se vayan, que vayan a llamar a sus principales. Les quedó agradecido. Puede ser que de veras estén padeciendo los del pueblo, pues de él se están mofando.

Que se vengan, que vengan a habitar sus casas de Tlatelolco; que en todas sus tierras vengan a establecerse los tlatelolcas. Y decid a los señores principales de Tlatelolco: ya en Tenochtitlan nadie ha de establecerse, pues es la conquista de los “dioses”, es su casa. Marchaos.

El suplicio de Cuauhtémoc

Hecho así, cuando se hubieron ido los embajadores de los señores de Tlatelolco, luego se presentaron ante [los españoles] los principales de Tenochtitlan. Quieren hacerlos hablar.

Fue cuando le quemaron los pies a Cuauhtemotzin.

Cuando apenas va a amanecer lo fueron a traer, lo ataron a un palo, lo ataron a un palo en casa de Ahuizotzin en Acatliyacapan.

Allí salió la espada, el cañón, propiedad de nuestros amos.

Y el oro lo sacaron en Cuitlahuactonco, en casa de Itzpotonqui. Y cuando lo han sacado, de nuevo llevan atados a nuestros príncipes hacia Coyoacan.

Fue en esta ocasión cuando murió el sacerdote que guardaba a Huiztilopochtli. Le habían hecho investigaciones sobre dónde estaban los atavíos del dios y los del Sumo Sacerdote de Nuestro Señor y los del Incensador máximo.

Entonces fueron hechos sabedores de que los atavíos estaban en Cuauhchichilco, en Xaltocan; que los tenían guardados unos jefes.

Los fueron a sacar de allá. Cuando ya aparecieron los atavíos, a dos ahorcaron en medio del camino de Mazatlan.

El pueblo regresa a establecerse en Tlatelolco

Fue en ese tiempo cuando comenzó a regresar acá el pueblo bajo, se vino a establecer en Tlatelolco. Fue el año 4-Conejo.

Luego viene Temilotzin, viene a establecerse en Capultitlan.

Y don Juan Huehuetzin se vino a establecer en Atícpac.
Pero Coyohuehuetzin y Topantemoctzin murieron en Cuauhtitlan.
Cuando vinimos a establecemos en Tlatelolco aquí solamente nosotros vivimos. Aún no se venían a instalar nuestros amos los cristianos. Aún nos dejaron en paz, todos se quedaron en Coyoacan.
Allá ahorcaron a Macuilxóchitl, rey de Huitzilopochco.
Y luego al rey de Culhuacan, Pizotzin. A los dos allá los ahorcaron.
Y al Tlacatécatl de Cuauhtitlan y al mayordomo de la Casa Negra los hicieron comer por los perros.

También a unos de Xochimilco los comieron los perros.
Y a tres sabios de Ehécatl, de origen tetzcocano, los comieron los perros. No más ellos vinieron a entregarse. Nadie los trajo. No más venían trayendo sus papeles con pinturas [códices]. Eran cuatro, uno huyó: tres fueron alcanzados, allá en Coyoacan.

En cuanto a los españoles, cuando han llegado a Coyoacan, de allí se repartieron por los diversos pueblos, por dondequiera.

Luego se les dieron indios vasallos en todos estos pueblos. Fue entonces cuando se dieron personas en don, fue cuando se dieron como esclavos.

En este tiempo también dieron por libres a los señores de Tenochtitlan. Y los libertados fueron a Azcapotzalco.

Allí [en Coyoacan] se pusieron de acuerdo [los españoles] de cómo llevarían la guerra a Metztitlan. De allá se volvieron a Tula.

Luego ya toma la guerra contra Uaxácac [Oaxaca] el capitán. Ellos van a Acolhuacan, luego a Metztitlan, a Michoacán... Luego a Huey Mollan y a Cuauhtemala, y a Tecuantépec.

No más aquí acaba. Ya se refirió cómo fue hecho este papel.¹⁷

8. UN CANTO TRISTE DE LA CONQUISTA

El cantar cuya versión aquí se ofrece proviene del manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de México. La fecha probable de su composición es el año de 1523. Con dramatismo se recuerda en él la forma en que se perdió la antigua nación mexicana.

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.
Por agua se fueron ya los mexicas;

¹⁷ Ms. *Anónimo de Tlatelolco* (1528), conservado en la Biblioteca Nacional de París (sección referente a la Conquista). Versión del náhuatl de Ángel Ma. Garibay K.



semejan mujeres; la huida es general.
¿Adónde vamos?, ¡oh amigos! Luego ¿fue verdad?
Ya abandonan la ciudad de México:
el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...
Con llanto se saludan el Huiznahuácatl Motelhuihtzin,
el Tlailotlácatl Tlacotzin,
el Tlacatecuhtli Oquihtzin...
Llorad, amigos míos,
tened entendido que con estos hechos
hemos perdido la nación mexicana.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!
Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco.
Sin recato son llevados Motelhuihtzin y Tlacotzin.
Con cantos se animaban unos a otros en Acachinanco,
ah, cuando fueron a ser puestos a prueba allá en Coyoacan...¹⁸

¹⁸ *Cantares Mexicanos*. (Biblioteca Nacional de México.)